

Abrieron todos al oír esto desmesuradamente la boca y los ojos, y el bachillerote dejó de comer, y miró de hito en hito á Gabriel de Espinosa con una expresion que queria significar que lo tenia por loco.

—Idos, pues, á vuestras casas, amigos, continuó diciendo Gabriel de Espinosa, y vos, señor estudiante, no pagueis la costa del pastel que estais comiendo, y haya paz y buena amistad entre estudiantes y vecinos, que ya veremos el modo de que nadie pague la costa de lo que ha pasado esta mañana.

Dicho esto, Gabriel de Espinosa se volvió y se subió por las escaleras, desapareciendo por lo alto de ellas.

—Con muchos humos viene para pastelero, dijo uno de los del pueblo, y cuadra mal el don sin la veinticuatría: allá veremos en qué paran estas misas.

Y se salieron todos sérios y mohinos, porque les habia sentado muy mal la tiesura con que los habia recibido el hijo de Mari-Perez la pastelera.

—Pues no, dijo el bachiller levantándose y apretándose las agujetas de la pretina; trabajo le mando al que quiera poner los dedos en la nariz de los estudiantes.

Y se salió sin pagar el pastel que habia devorado ni el jarro de vino que se habia bebido, lo que probaba que el desagradecimiento era la cualidad predominante de aquel talludo bachiller en leyes; porque al fin, Gabriel de Espinosa le habia convidado, y no debia mostrarse tan hostil para con él.

En la expresion que mostraba Gabriel de Espinosa, atravesando un corredor en direccion á una puerta, se notaba que todo aquello le contrariaba sobremanera, y le ponía en gran cuidado.

Llegó al fin á aquella puerta, la abrió con llave, entró en una habitacion pobremente amueblada, á la manera de las casas de la gente humilde de los pueblos, llegó á otra puerta, la abrió tambien con llave, y se encontró en otra pobre habitacion, en la cual habia un gran lecho de nogal y una gran cuna de lo mismo, y sentada en un gran sillón de nogal y baqueta, la sultana Sayda-Mirian, vestida con un sencillo y pobre traje de lugareña de Castilla, pero nuevo y limpio, y que la sentaba muy bien.

Sayda Mirian mecía la cuna donde dormía la pequeña Gabriela.

La habitacion no tenia, á más de la cuna, de la cama y del sillón, otros muebles que una gran mesa de nogal, otro sillón de nogal y baqueta, algunos sitaliales de nogal, estampas de santos en marcos negros sobre las paredes blancas, el piso de baldosas y el techo de viguetas con bovedilla: no tenia más puerta que aquella por donde Gabriel de Espinosa habia entrado, y dos ventanas que daban sobre un huerto, cubiertas con cortinas de lienzo blanco, daban luz al aposento.

—¿Qué ha sucedido? dijo con interés Sayda Mirian; ese hombre que hemos encontrado aquí, ese Gil Lopez

dice que el alcalde don Rodrigo de Santillana es el más temible de los alcaldes del rey de España.

—Afortunadamente, dijo Gabriel de Espinosa, fray Miguel de los Santos ha estado previsor en proveerme de los papeles que he presentado al alcalde.

—Papeles que no tendrías sin la influencia del rey de Francia.

—Si Enrique IV hace esto, es porque le conviene, no porque yo vuelva al trono de Portugal.

—Al fin ha llegado un día en que sepamos que no nos habíamos engañado: que tú eres el rey don Sebastian y no Gabriel de Espinosa.

—¿Quién sabe lo que yo soy? contestó sombríamente Gabriel.

—Nadie mejor que yo sabe cuánto se parecía á tí aquel soldado con quien yo te cambié en el campo de batalla de Alcázar-Kivir, que pasó por el cadáver del rey don Sebastian: por eso no me ha extrañado que Gil Lopez te crea Gabriel de Espinosa, y como á tal te trate, y que fray Miguel de los Santos y Diego Carbalho y Francisco Cobos y Juan de Azcárate, el Navarro, que tanto conocieron al rey don Sebastian, te traten como á tal, y como á tal te respeten, y como á tal te sirvan.

—Puede ser, dijo roncamente Gabriel de Espinosa, que me nieguen un día, como San Pedro negó á Cristo. Me causa un gran cuidado el ver cómo se presentan las cosas: llegamos, y encontramos peligros é inconvenientes, y ya me he visto obligado á responder á un juez, que á no venir tan bien prevenido, hubiera dado conmigo en la cárcel.

—¿Y el alcalde Santillana ha podido alentar sospechas? dijo con ansiedad Sayda Mirian.

—No; pero se ha quedado asombrado de mí y curiosos y no quisiera que un hombre tal hubiese fijado los ojos en mí, que puede ser que tantos los fije, que algo vea; porque estos golillas son gente que de las sombras hacen cuerpo, de lo que yo creo que viene aquello que de algunos alcaldes se dice de que son capaces de ahorcar hasta á su sombra. Es necesario, pues, evitar que don Rodrigo de Santillana me ahorque.

—¡Oh, y qué suposicion tan horrible! dijo Sayda Mirian.

—Soy yo tan desgraciado, contestó Gabriel de Espinosa, que todo pudiera suceder.

—¿Y para qué hemos venido entonces á Castilla? dijo Sayda Mirian.

—¿Y dónde habíamos de ir? En Africa no podemos estar; de Venecia nos han arrojado; el rey Enrique IV no nos quiere en Francia; el Papa nos dejaría estar en Roma, pero no nos daría un solo escudo; estamos completamente pobres, y nada nos queda más que las tierrecillas que he heredado de Juan de Espinosa.

—Que ó no son tuyas, ó tú no eres el rey don Sebastian.

—Mira, dijo Gabriel de Espinosa, aún no ha llegado el tiempo de que se sepa quién yo soy; tal vez yo mismo no lo sé; puede suceder también que el misterio de mi vida no se aclare jamás.

—No sé por qué no me ha pesado nunca de haberte conocido, dijo con despecho Sayda Mirian.

—Porque me amas, contestó con acento concentrado y de una manera profunda Gabriel de Espinosa.

—Te amo, si, dijo Sayda Mirian, y te amaré siempre, suceda lo que quiera, aunque por tu causa vamos de día en día de mal á peor; aunque mal escarmentado de tanta imprudencia, sigues cometiendo imprudencias; á qué venir á Madrigal á complicar los sucesos, á engañar á esa monja infanta, á dar ocasion que una imprudencia suya nos pierda?

—Siempre hablan tus celos, María, dijo Gabriel de Espinosa, y tus celos son el mayor peligro que nos amenaza.

—¿Cuándo me he negado yo á tu voluntad? dijo con un frio acento de reconvencion Sayda Mirian; necesitaste mis riquezas y te las dí; quisiste que nos trasladásemos á Venecia, y te acompañé; una sola vez me he sublevado contra mi suerte; cuando me ví repudiada por tí, cuando te ví próximo á ser esposo de otra mujer; despues ha bastado con que tú me digas algunas palabras afectuosas para que yo vuelva á ser para tí la amante sumisa y esclava; quisiste que fuésemos á Francia, y fuimos arrojados de allí como de Venecia; pobres ya, sin más recursos que la providencia de Dios, te he seguido á Roma, donde no pudimos permanecer; y estamos en España, á pocas leguas de ese terrible rey, tu enemigo, que no perdonará medio alguno para destruirte, si conoce tu existencia; y no es esto solo; al venir á España se me ha exigido el más terrible sacrificio que puede exigirse á una mujer; yo no soy aquí tu esposa, no soy la madre de mi hija, sino la nodriza de una gran

señora, cuyo nombre está envuelto en el misterio; he sucumbido aún á más; á lo que no hubiera creido nunca posible que sucumbiera, á tolerar que cerca de mí, oyéndolo yo, se haga creer á esa doña Ana de Austria que tú no has venido á Madrigal, sino para tomarla por esposa.

—En las circunstancias en que nos encontramos, esto es necesario de todo punto; es preciso que haya una razon para que los nobles de Portugal que han de venir á reconocermé, puedan llegar hasta mí, encubriéndose con el pretesto de venir á ver á doña Ana de Austria; esto no producirá sospechas, porque doña Ana de Austria está muy querida por el rey don Felipe, que la cree santa, y todo el mundo sabe que cuando se quiere obtener una gracia de Felipe II, se busca la intercesion de su sobrina doña Ana de Austria. A más de esto, si alguno de esos magnates de Portugal pudiera dudar acerca de mí, no dudará al saber que doña Ana de Austria está resuelta á casarse conmigo; porque ¿quién puede creer que una sobrina del rey de España, una dama de la casa de Austria, habia de consentir por nada del mundo en casarse con un villano, con un pastelero? Pero esto no puede durar mucho; dentro de poco tiempo, gracias á doña Ana de Austria, los nobles de Portugal me habrán reconocido, y me habrá reconocido por ellos don Antonio, Prior de Ocrato, á quien en estos momentos y creyéndome muerto, ayudan los ingleses con soldados, naves y dinero; entonces no seré yo el rey errante y misterioso, pobre y solo, que ha ido á buscar ayuda en las testas coronadas enemigas del rey de Es-

paña, sino el reino de Portugal, representado por sus grandes, el que irá á pedir ayuda, ejércitos y dinero á los reyes enemigos de Felipe II, para poner en el trono de Portugal al rey don Sebastian, á quien ellos han visto, á quien ellos han reconocido bajo el humilde disfraz de pastelero, y á quien han rendido pleito homenaje en un pobre lugar de Castilla la Vieja, en la celda de una monja; y el dia en que yo pise las playas de Lisboa, cabalgando en batalla, llevando á mi lado el estandarte real de Portugal, y trás mí un ejército, no acontecerá entonces lo que aconteció al loco mancebo de Alcázar Kivir, no; no volverá á verse tendido por tierra el estandarte de Portugal, porque el insensato mancebo murió, y ocupa su lugar un hombre que tiene la mano y la cabeza bastante fuertes para sostener el peso del cetro y de la corona.

—¡Siempre el misterio! dijo Sayda Mirian con la mirada fija, pero serena y fria, en la mirada de Gabriel, que resplandecía con el fuego del entusiasmo y del valor; ¡siempre ese misterio que empezó hace diez y ocho años sobre el campo de Alcázar Kivir, á la vista de un cadáver y de un casi cadáver, completamente semejantes, y que aún dura, desesperándome más cada dia; porque ese misterio guardado por tí, es incomprendible, para con una mujer que tanto te ha amado y te ama; que tanto te ha sacrificado y te sacrifica, y está dispuesta á sacrificarte!

—¡Quién sabe lo que yo soy! ¡Solo Dios! Y si fuera posible ocultarlo á Dios, ¡tampoco Dios lo sabría!

—¡Siempre cruel, siempre terrible! ¿Temes acaso que

yo te haya amado por orgullo, y que al decirme tú: yo no soy el rey don Sebastian, yo soy un expósito, yo soy Gabriel de Espinosa, un soldado aventurero, un hombre oscuro, dejaria yo de amarte? ¿Crees tú que haya podido estar anhelante, aterrada, durante largas horas de agonía, junto á un hombre hermoso, en el cual apenas habia una chispa de vida, al que solo podia salvar el incansante, el tierno cuidado de una mujer enamorada, sin que esta mujer lo amase con toda su alma? ¿Crees tú que esta mujer puede renegar por un hombre de su Dios, renunciar un trono, abandonar su patria, desprenderse de sus riquezas, y ser esclava de un hombre, sin estar por él loca de amor? ¿Crees tú que esa misma mujer puede perdonar lo que tú hicistes en Venecia, sin tener llenos el corazon y el alma de un amor insensato? ¿Crees tú que sin la incontrastable fuerza de ese amor, me reduciria yo á pasar por una villana, por una criada tuya, por la criada de un pastelero, por la nodriza mercenaria de mi pobre hija, viviendo aquí sola, escondida, viendo venir el peligro, temblando por tí, y por tí llorando y rezando? ¡No, Gabriel, no! Tanto amor y tanto sufrimiento por tí, no pueden cambiarse en desamor, porque tú me digas que no eres el rey don Sebastian; ¿será acaso que temas que yo te haga traicion, y me engañes para que no te la haga? ¡No quiero creerlo! ¡No quiero pensarlo, porque eso seria para mí más terrible, no que mi muerte, porque para mí la vida nada vale, pero sí más terrible que tu muerte y la muerte de nuestra hija! Sácame de dudas, Gabriel, porque mira; si yo supiera que tú eras el rey don Sebastian, tendria menos

miedo; porque no temeria que el rey don Felipe se atreviese á matar á su sobrino, al hijo de su hermana, al rey de Portugal, por la sola razon de conspirar para recobrar su corona.

—¡Mató á su hijo el príncipe don Cárlos! ¡Mató á su hermano don Juan de Austria! ¿Qué le importaria al rey don Felipe matar á su sobrino el rey de Portugal, si mántándole retenia entre sus garras ambiciosas su corona? ¡No me preguntes más, María; para tí, que me has salvado, para tí que todo lo has sacrificado por mí, seré siempre un misterio, aun cuando te sientes á mi lado en el trono de Portugal!

—¡Gabriel! ¡Gabriel! exclamó Sayda Mirian levantándose y asiéndose al cuello de Gabriel de Espinosa; ¡no me engañes, por compasion! ¡No me engañes por asegurar mi prudencia y mi silencio, que harto te lo asegura el amor que me abrasa el alma, porque yo te amo más cada dia; porque cada dia me pareces más hermoso y más jóven, á pesar de tu frialdad, de tu desden, de tus locuras! ¿Es verdad que esa carta de repudio no es más que un medio de que te vales para llegar á tus intentos? ¿Es verdad que cuando recobres tu trono no veré yo junto á tí á otra esposa? ¡Ay! ¡No lo digo por ambicion! Si yo dejé por tí y sin dolor, de ser sultana absoluta de Marruecos, libre y señora, no esposa esclava de un sultan, sino el sultan mismo; porque yo soy la nieta descendiente en línea recta de Mahoma, el jefe de la santa familia de los Xerifes; si yo tenia valor bastante y prestigio bastante para montar á caballo y dar batalla y vencer al frente de mis kábilas feroces al que

hubiera querido oponerse á mi grandeza; si yo pude ser una heroina como Semíramis, y todo esto lo abandoné por tí, ¿qué puede importarme tu pequeño reino de Portugal, en el cual no seria más que la esposa, la madre de los hijos del rey, tu primer vasallo, pero vasalla siempre, cuando he podido ser señora, y señora absoluta, de un grande, rico y fuerte imperio, en el cual serian esclavos míos los hombres más valientes del mundo? ¡No, Gabriel, no! Lo que te habla no es mi ambicion, son mi amor y mis celos; es que yo moriria desesperada si viese á otra mujer tuya.

Y Mirian reclinó sollozando su cabeza sobre el hombro de Gabriel.

—¡María! ¡María de mi alma! exclamó Gabriel asiendo con sus dos manos la cabeza de Mirian y estampando en su pura frente un beso abrasador, que hizo estremecerse toda á Mirian; hay momentos en que me trasformo, en que la razon ilumina mi pensamiento, en que te veo tan noble, tan generosa, tan grande como eres, y siento dentro de mí un remordimiento horrible: el remordimiento de mi locura; porque yo estoy loco, María; porque arde en mí un pensamiento terrible, que me hace espantarme de mí mismo; porque tengo siempre delante de mí el funesto campo de África, donde ví hundirse entre el polvo sangriento el reino de Portugal, donde ví caer á centenares, dichosos porque cerraban los ojos á aquella ignominia, valientes caballeros, que ya desesperados, en vez de volver con cobarde mano los frenos de sus caballos, se arrojaban en medio de los tigres marroquíes, buscando una muerte que preferian al cautiverio y á la deshonra.

—¡Tú eres el rey don Sebastian! gritó la sultana devorando con una mirada hambrienta, dilatada, inmensa, lúcida, delirante, la altiva, la magestuosa mirada de Gabriel de Espinosa.

—¡Calla! la dijo Gabriel llevándola al sillón en que Sayda Mirian se sentó maquinalmente, con la mirada siempre fija, absorta y enamorada en el semblante de Gabriel; ¡calla! Si soy el soldado Gabriel de Espinosa, no quiero avergonzarme ante tí, dejándote conocer al impostor miserable; si soy el rey don Sebastian, no quiero que tú no puedas dudar de que yo soy el rey que tiene sobre su frente la vergüenza de la miserable derrota de la batalla de los Xerifes; prefiero ser para tí el misterio; quiero que partan para tí su mútua vergüenza, como impostor el uno, y como rey deshonrado el otro, Gabriel de Espinosa y don Sebastian de Portugal.

—Si eres Gabriel de Espinosa, vales tanto como un rey, y mereces serlo; si eres el rey don Sebastian... el rey don Sebastian era muy jóven, tenia sed de gloria, le engañó su corazon, fué vencido por demasiado valiente: no sobrevivió vergonzosamente á su derrota; si murió, su sombra sangrienta vuelve por su honra de rey y de caballero; y si vive, si Dios permitió que hubiera entre aquella gente bárbara una mujer destinada á salvarle, al borrar, recobrando su trono contra todo el poder del rey de España, la mancha de su loca imprudencia que le llevó á ser vencido á África, debe decir á su amante, á su esposa, á su reina: ¡yo soy, yo soy el rey don Sebastian! Y si esto debe decirselo despues del triunfo, ¿por qué no ha de decirselo antes, cuando ella está segura de su

valor y de su grandeza, y de que si no triunfa será porque no haya dejado de combatirle la dura mano de la desgracia?

—No, nunca; ni ahora, ni despues; ni vencido, ni vencedor; ni impostor sentenciado, ni rey temido: para tí siempre el misterio; yo soy quien quieras que sea: Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian ó ninguno de los dos.

—Pues bien; tu esposa no volverá á preguntarte más, Gabriel; tu esposa partirá tu suerte, como hasta ahora la ha partido; pero déjala conocer siempre tu amor, Gabriel, no atormentes su alma con tu desden, con tu frialdad; no la abandones nunca, aunque no sea más que por compasion; no pongas, no, por Dios, en tu tálamo á otra mujer.

—Doña Ana de Austria no será nunca mi esposa; doña Ana de Austria me servirá; pero no hará jamás que yo falte al agradecimiento que te debo.

—Y sin embargo, si los sucesos no se hubieran opuesto á ello, aquella horrible mujer, aquella Estéfana Barbarigo, hubiera sido tu esposa.

—Yo estaba entonces loco; aquella mujer debió darme algun bebedizo; pero aquello pasó, aquella mujer ha muerto y yo he acabado de conocerte, he acabado de comprender cuánto me amas, por la situación en que nos colocó aquella locura mia.

En aquel momento se oyó un golpe en la primera puerta que habia cerrado Gabriel de Espinosa.

—Llaman: voy á ver quien es, dijo Gabriel.

Y fué á la puerta de la habitacion, la abrió, y luego abrió la segunda puerta.

El que llamaba era Juan de Azcárate, el Navarro.

## VI.

—Fray Miguel de los Santos, dijo, me envía, y dice que está aguardando á vuesa merced; que él no viene por no dar á murmurar nada á estas gentes que son muy maliciosas, y que Dios sabe lo que podían pensar.

Gabriel de Espinosa bajó la cabeza, se quedó un momento pensativo, cerró la puerta, y dió las dos llaves al Navarro.

—Cuida, le dijo, mientras yo esté fuera, de la señora; y como puede ser que yo tarde, no te muevas de aquí ni bajes abajo, ni te dejes ver, no sea que como está reciente aun el lance de esta mañana, y muchos te habrán conocido y te guardarán enemistad, sobrevenga otro lance, y sea peor que el primero; por eso he enviado á Cobos y á Carbalho á Blanco-Nuño, y te hubiera enviado también á tí, á no ser porque es necesario que alguien sirva á la señora mientras yo no esté en casa. Con que atencion y cuidado, y adios.

Y Gabriel bajó las escaleras, y al pié de ellas se encontró con Gil Lopez, que le creía de buena fé Gabriel de Espinosa su pariente.

—Mal dia tenemos hoy á pesar de que es fiesta, dijo Gil Lopez; con lo que hubo esta mañana, y con lo bravo que anda por esas calles don Rodrigo prendiendo gente, nadie se atreve á salir á la calle; no entra un alma en la

pastelería, y me parece que nos quedamos con los pasteles en el cuerpo.

—Los que no se vendan hoy, dijo Gabriel, se venderán mañana, y si no se vendiesen, tanto dá; que la pérdida no puede ser mucha, y si lo fuese, tendremos paciencia.

—No estamos para pérdidas, hijo, dijo Gil Lopez, que los tiempos andan malos, y con pocos dias que sigamos perdiendo, será preciso cerrar la pastelería, y que tú te vayas otra vez á la guerra, y yo me meta á peon de campo.

—Ya se verá lo que hay que hacer en esto, dijo Gabriel; ahí traigo unos dinerillos con que se puede entretener la costa aunque se pierda algunos dias, y cuando esos dias pasen, podrá ser muy bien que vengan más dineros, con lo cual los pasteles serán más que oficio, entretenimiento y disculpa, para que nadie se meta á averiguar de donde nos viene la plata que gastemos.

—¿Esos dineros te los enviará, sin duda, dijo Gil Lopez, la madre de la niña?

—La madre de la niña es tan rica y tan gran señora, que no nos faltará oro aunque no sea más que por que su hija se crie como una princesa.

—¿Y por qué no te has quedado tú allá con esa señora, ó por qué esa señora no se ha venido contigo?

—Ni yo podia estarme, ni ella venirse: estaba yo en Nápoles muy amenazado, y ella muy temerosa de perderme, y fué necesario darle gusto y venirme; y si ella no se vino, que bien quisiera, porque mucho me